

Los ricos no lloran

Constancia Mangué Bico Mbasogo



Image not found.

Capítulo 1

CAPÍTULO 1

La débil luz de los últimos rayos del sol hizo que el hombre agradeciera la suerte de poder disfrutar de una de las inolvidables puestas de sol de San Antonio. Resultaba imposible encontrar las palabras para describir tanta belleza. Se podían observar a lo lejos los pequeños pesqueros que se arribaban a las costas regresando con el botín que el mar les habría ofrecido ese día. Los tonos verdosos y grisáceos se intercambiaban sutilmente a medida que se acercaban a la línea que dividía el cielo del mar. La visión de aquel horizonte conseguía un efecto apaciguador que era justo lo que necesitaba en ese momento. Sin duda había echado de menos esas vistas. Sí, estaba en casa.

De vuelta al coche después de un par de horas de asimilación Álex retomó el viaje y finalmente pudo divisar la emblemática mansión de sus anfitriones. Desde la privilegiada colina natural en la que se construyó se alzaba, como la más grande, la más alta y posiblemente una de las más bonitas de todo el pueblo.

Levantada para nunca desaparecer, la construcción de sólida piedra, teñida suavemente por los años, otorgaba a la morada un aire solemne y entrañable.

Homenajeando la distinción de semejante residencia, sus habitantes tenían que ser igual de importantes e imponentes. Dicho honor solo les correspondía a los Monte Negro, familia que desde sus humildes inicios y de generación en generación habían formado parte muy importante en la historia de San Antonio.

Quince años podían parecer un suspiro. Para Álex habían sido una eternidad, había estado separado del amor de su vida y por fin llegaba el momento que había estado esperando, casi cada segundo, desde que se separaron. Se acabarían las noches en vela y el constante miedo al haber perdido su gran oportunidad. ¡No! Sus años de experiencia le habían enseñado que todo acababa solo cuando estabas muerto y, aun así, nada era seguro.

Había cambiado, todo en él había cambiado, de eso estaba seguro. Incluso el amor que sentía por aquella bella muchachita, que lo buscaba en el puerto para aprovechar sus descansos, había cambiado. Esa noche no volvería a demorar nada. Como asesor financiero de éxito. Sabía que si

uno no se arriesgaba y se tiraba a la piscina por lo que quería no llegaba a ninguna parte.

Como desde hacía años, Francisco celebraba una fiesta en honor a su familia, la cual aprovechaba para homenajear a su difunto hermano Adolfo, padre de Elisa, a la que había criado como su propia hija desde el fallecimiento de sus padres. Ese año era especial porque se celebraba en la antigua mansión de la familia situada en su pueblo natal, el inigualable y pintoresco San Antonio. Desde que se mudaron a la ciudad, la familia no había vuelto a frecuentar la vivienda.

La caravana de coches de lujo apenas cabía en la entrada de la propiedad. Si eras alguien tenías que estar en esa fiesta. La entrada a la mansión estaba controlada por la empresa de seguridad que se había contratado para la ocasión. Para tan distinguida velada era imposible que cualquiera tuviera acceso. Iba a ser una gran noche.

Álex bajo del coche y se dirigió a la entrada principal de la mansión. Los dos hombres apostados en la entrada ojeaban detenidamente la lista de invitados. Las indicaciones del dueño de la casa habían sido muy claras: «Sin invitación no se entra».

Álex no solo tenía invitación, sino que además había una mención especial en ella. La relación laboral de Francisco y el asesor financiero habría empezado hacía apenas unos meses, cuando la compañía del patriarca pasaba por una gran crisis. Una vez que hubo ayudado al magnate con sus problemas financieros, Álex pasó a formar parte del círculo social del empresario, empezando así un camino sin vuelta atrás y que desembocaría con su presencia en aquella fiesta.

El hombre se abrió paso entre los invitados. El gentío se unía en pequeños grupos y disfrutaban de la velada animadamente. Más de una mirada coqueta e indiscreta se posó sobre él, algo a lo que ya estaba acostumbrado y en alguna que otra ocasión sabía aprovechar, pero esa noche no tenía tiempo para ningún juego, salvo el que justificaba su presencia en esa fiesta.

Álex se fijó en Francisco. El hombre le reconoció y se dirigió hacia él. Aunque prefería dilatar dicho encuentro hasta haber encontrado a Elisa no pudo evitarla, así que se preparó para el encuentro.

—¡Álex! Me alegra que pudiera venir —gritó Francisco, atrayendo las miradas de los más curiosos.

—A usted por su invitación —respondió disimulando su poca disposición a la conversación.

—¿Se está divirtiendo? Sería un agravio para mí que no fuera así.

—Ya que no me da opción a otra respuesta. Le comunico que sí.

—¡No, hombre! Le tengo en muy alta estima y su opinión es muy importante. Después de lo que ha conseguido no podría estar más que agradecido.

—Me halaga, pero casi todo lo hizo usted.

—No creo que sea así. Solo puse en sus manos mi compañía.

—Exactamente.

Álex seguía observando la multitud en busca de la principal razón por la que se encontraba en esa fiesta. Su determinación era completamente inquebrantable y, a pesar de la conversación que le estaba ofreciendo Francisco, difícilmente conseguía mantener la concentración.

Por mucho que mirara a su alrededor no conseguía encontrar la fuente de la extraña sensación que la había estado persiguiendo toda la noche. Estaba acostumbrada a las miradas de admiración de los hombres y reconocía el efecto que le producían desde la adolescencia. Ser la hija de quien era impedía que dieran un paso más allá de ella. Pero esa noche era distinta. La perseguía, pero por mucho que buscara entre los invitados no conseguía encontrar el origen.

Cuando finalmente desistió de seguir prestando atención a esa extraña sensación vino otro completamente diferente: el miedo. Sus ojos, por fin, encontraron el inicio de todo. No podía ser verdad, debía de ser un error. «No es él», se repetía una y otra vez. Intentó convencerse a ella misma de que no estaba equivocada. Tenía que salir de allí.

El anfitrión buscó entre los invitados y divisó a su esposa en la terraza, con paso firme y sin apenas poner atención a los elogios por la fiesta, Francisco fue al encuentro de Helena. La terraza estaba alumbrada por la luz de todas las velas que se habían dispuesto para la ocasión. La cena estaba casi lista y el servicio daba atención a todos los detalles de la presentación. La cubertería de plata, las copas de cristal de Bohemia y demás utensilios lujosos estaban ya sobre el mantel de hilo egipcio. Sobre la mesa descansaba el mejor vino de la casa. Todo estaba listo y Helena se aseguraba de que todo estuviera a la altura de los exquisitos invitados.

—Te veo nervioso, querido —dijo la mujer al percatarse de la presencia de su marido.

—Nada, nada... Acabo de encontrarme con ese sabelotodo de Alejandro.

No sé ni porque lo invité.

—Bueno, déjame ver. ¿Qué te parece que haya salvado tu empresa?

—Tú siempre tan acertada...Ese chico no me cae bien y mi sexto sentido nunca me falla. Siempre con sus aires de «yo lo sé todo y tú no».

—¡No seas así! A mí me parece muy guapo.

«Detrás de todo hombre hay una gran mujer», Con esta clásica frase se explicaba la gran importancia que tenía Helena en la familia Monte Negro. Gran mujer que, además de su belleza, dominaba el arte de la discreción y la usaba de una manera inteligente. Entregada a su familia y hogar, la anfitriona desplegó la elegancia que la caracterizaba y atendió a los invitados con el mejor protocolo posible. A su lado, ayudándola, se encontraba Bárbara, la que había sido la nana de sus dos hijas y que se encargaba de los detalles desde las bambalinas de la fiesta. Nada podía salir mal.

Apenas podía respirar. Elisa abandonó el salón y buscó refugio en la biblioteca de la mansión. Presa de los nervios se forzó a ralentizar la respiración y tranquilizarse. La mirada de aquel hombre había conseguido su objetivo. La habitación era grande, pero parecía encoger con cada bocanada de aire que se tomaba. Elisa corrió hacia la gran mesa central de la estancia y posó las manos sobre él. ¿Cómo podía sentirse así? Ya no era una niña, pero Álex había vuelto a convertirla en el manojito de nervios que era cada vez que se encontraban en su juventud. ¿Qué estaba haciendo aquí?

La respuesta a sus dudas se estaba acercando. Los pasos firmes Álex y el ruido al cerrar la puerta a su espalda hicieron que, de un salto, se volviera hacia él. Tal vez había cometido un error al alejarse del bullicio de la celebración, dando pie a ese encuentro, pero el razonamiento desapareció en el momento en que sus miradas se encontraron.

Álex se quedó apoyado sobre la puerta unos segundos antes de rodear la habitación, Elisa no alcanzaba a entender si era para alargar la incómoda situación o si, en realidad, le impresionaba el imponente cuarto. De todas maneras acabaría con ese odioso silencio y saldría de dudas de una vez por todas.

—Al principio dudé cuando te vi... Has cambiado...—Álex no pronunció palabra y optó por ojear un libro de las estanterías—. Te veo bien. ¿Cómo has estado? —comentó seguidamente, intentando aparentar calma frente a él.

—Tu padre tiene una gran colección de libros. Debí haber aceptado su invitación con anterioridad. Hay algunos que nos hubieran ayudado con el lío de la empresa.

—¿Eres el que le ayudó con la empresa? —preguntó con sorpresa.

—Sí —respondió el hombre, mirándola mientras apartaba el libro—. Ha pasado tiempo...

—Un poco, bueno... Bastante. Perdona, pero... ¿Cómo has llegado a trabajar con mi padre?

—¡Uff! Esa pregunta duele. Siempre decías que llegaría lejos. Sí, lo sé. Solo que...

—No pensabas que llegaría tan lejos. Sí, a muchos les sorprende... Y lo que no se es... ¿Por qué? Siempre he sido trabajador e inteligente... Era de esperar.

Tal vez fuera la conversación o la hipnotizada mirada que Álex clavaba sobre ella, pero sin darse cuenta lo tenía frente a frente, apenas a un metro de distancia. Había olvidado lo alto que era. Lo único nuevo que pudo percibir era la corpulenta madurez de su cuerpo. Atrás quedaba ese escuálido joven que le había robado su primer beso y había prometido amarla hasta que la muerte les separara. ¡Qué ingenuos...!

Con toda la tranquilidad que pudo disimular, Elisa se apartó lentamente de Álex y se colocó estratégicamente al otro lado de la mesa. El siguiente movimiento en cuanto pudiera sería salir de esa habitación lo antes posible.

—No quería ofenderte... Bueno ¿Y ahora? Todo ya va bien, ¿no? Por ahora me quedaré un tiempo con tu padre. Para estar donde estamos hice algunas apuestas arriesgadas y quiero asegurarme de que todo va bien antes de irnos.

—¿Idos? ¿Tú y...?

—Tú y yo.

—Sí, claro... ¿Cómo no? —dijo ignorando esas últimas palabras—. Voy a ver si necesitan algo en la fiesta. Tú puedes quedarte y ver... más libros.

No podía esperar más tiempo, tenía que salir de ese sitio. Elisa hizo el amago de marcharse, pero Álex lo alcanzó mucho antes de llegar a la puerta. Usando su condición física la trajo hacia él. Elisa intentó zafarse bruscamente, sin éxito. Los nervios de la mujer hicieron que Álex se apartara y la tranquilizó levantando las manos en son de paz. Lo último

que quería era asustarla. Pero no así iba a permitir que se marchara.

—¿Qué quieres?

—Lo he dicho. A ti.

—Hablo en serio. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido?

—A saber... si aún eres mía.

—Has trabajado con mi padre... No es posible que no te hablara de mí. Eres demasiado listo como para plantarte delante de mí y preguntarme si aún soy tuya. ¿Es en serio?

—Mmm... Lo dices por lo de tu marido y tu hija... Sí, se me ha pasado por la cabeza.

—¿Solo se te ha pasado? No sé dónde has estado todos estos años ni qué te ha traído aquí, pero ya no puede ser. Ya no hay nada, ahora tengo una vida. Estoy casada y tengo una hija.

—Sigue adelante, como lo hice yo.

—Si no he podido olvidarte en quince años, ¿qué te hace pensar que podré ahora? Y de la manera que has temblado hace veinte segundos en mis brazos algo me dice que tú tampoco...

El remolino de sentimientos que Elisa sentía en ese momento empeoraba la situación. Las arrogantes afirmaciones de Álex la confundían y la llevaban a preguntarse si estaba en lo cierto. Sí o no iba a salir de ahí. La confianza que disimulaba al principio empezaba a disiparse. Intentó marcharse de nuevo, pero Álex volvió a pararla. Esta vez la agarró de la cintura y la acercó a él. «Que no me bese», se repetía ella una y otra vez. Elisa contuvo la respiración al tenerle tan cerca, levantó la barbilla y lo miró. Intentó soltarse, pero no sirvió de nada, salvo para conseguir que Álex le dedicara una pícara sonrisa.

Hubo un tiempo en el que aquella mujer se había convertido en todo su mundo. Pensar en todo lo que perdió aquel fatídico día y en lo que había tenido que hacer para llegar hasta ese momento le hacía mantenerse en sus treces. Si le seguía queriendo no o no era algo que iba a descubrir, pero no iba a pasar un solo día más sin averiguarlo. Para su sorpresa, Elisa se estaba resistiendo. Tanto así que decidió aflojar y dejar que se fuera. Se obligó a recordarse que no estaba ahí para espantarla, sino todo lo contrario: los infinitos deseos de besarla tendrían que ser aplacados a como diese lugar. Finalmente, cuando la mujer llegó a la puerta, le recordó que no se iba a ir a ninguna parte y que se fuera acostumbrando

a su presencia.

Estaba loco, completamente loco. «Te he venido a buscar a ti, condenado imbécil». Elisa maldecía una y otra vez aquella incomprensible situación en que el universo había pensado que ese hombre abandonaría a su familia y se iría con el solo por qué le ofrecía una mano, se preguntaba. Tan centrada estaba en sus pensamientos que no vio acercarse a su marido.

—Cariño... ¿Estás bien?

—¡Juan! —Una vez, recuperada del susto, prosiguió en un tono más calmado —No te vi... Sí, estoy bien.

—La cena está lista y tu madre ya llama... ¿Seguro que estás bien? —dijo cuando llegó a ella y notó la postura tensa de su cuerpo.

—Sí... ¡Vamos! No hagamos esperar a los invitados.

Los invitados ya estaban sentados. La increíble decoración que Helena había dispuesto para los mismos consiguió su objetivo. La admiración de los manjares preparados deleitaba las miradas de los comensales. Elisa se sentó al lado de su marido y esperó a que sirvieran la cena. Frente a ella se acercaba Álex, que escogió sentarse a un par de sillas de ella.

Podía sentir su calculadora mirada sobre ella. Elisa había olvidado lo penetrantes que podían ser sus ojos e intentó evitar en la medida de lo posible coincidir con ellos. Sabía que él se había dado cuenta de sus intentos por evitarle y se enfadó consigo misma por permitir que sus emociones fueran tan obvias. Puede que el resto no se diera cuenta, pero el sí, y eso era lo malo.

Esa noche no volvió a coincidir con él, pero Elisa conocía a Álex. Si algo no había cambiado en él era la constancia que ponía a todo lo que hacía. Ya desde muy joven destacaba entre todos los trabajadores del puerto, su inteligencia y la capacidad de llevar las cosas hasta que al final lo convirtieron en un líder nato. No había obstáculo que se le resistiera y a pesar de su juventud consiguió salir de las trincheras de los barcos y meterse en los despachos.

La mujer recordó que a pesar de llevar toda la administración del puerto, el gerente de los muelles de aquel entonces, Manuel Prado, se resistía a cambiarle de categoría y a hacer ver la valía del joven ante su padre. Álex hacía su trabajo, pero ante los ojos de Francisco dicha organización era obra de Manuel. En más de una ocasión la joven intentó aclarar la situación con su padre pero eso hubiera conllevado a que se descubriera

la relación que mantenía clandestinamente con Álex, o al menos es lo que se repetía aquel entonces. En esos momentos siempre deseaba poseer una pizca del valor que le sobraba a su hermana pequeña, Verónica. Valor que también pidió para poder afrontar cualquier plan que aquel hombre tuviera preparado para ella y para su familia. Conociéndole iba a ser difícil, pero no podía flaquear. Elisa estaba segura de habérselo dejado claro, ya no había nada. Lo difícil ahora era convencerse ella misma.

Capítulo 2

Las descontroladas mañanas del centro ejecutivo de la ciudad le hacían recordar a Álex que estaba de nuevo en casa. La marea de gente trajeada y corriendo en todas direcciones le recordaban sus inicios en la compañía. Los recuerdos le trasladaron al primer trabajo que consiguió al mudarse a la ciudad con su hermano pequeño. Una diminuta cafetería regentada por su tío Tomás, primo lejano de su madre. Tras la muerte de esta, Álex, a petición de la fallecida, solicitó al hombre ayuda para poder salir del pueblo y seguir adelante. El hombre, reacio a tener dos bocas más que alimentar, aceptó ofreciéndole a Álex un trabajo en la cafetería.

El joven no tardó en destacar. Con algunos cambios aumentó las ventas de la cafetería, mejoró la afluencia de los clientes y consiguió que el lugar se convirtiera en un referente para las empresas que operaban a su alrededor. Como había pasado antes con Manuel Prado, el trato de Tomás hacia Álex tampoco cambió su situación laboral. El joven siguió limpiando las mesas y lavando platos. A pesar de las ganas que tenía de buscar a Elisa al llegar a la ciudad, el poco dinero que ganaba no le daba más que para mantener a su hermano.

El coche se paró y Roco procedió a bajarse y abrir la puerta. El majestuoso edificio propiedad de la compañía donde trabajaba se alzaba imponente ante el financiero. A su entrada al complejo no tardaron en llegar los ceremoniales saludos y las admiradoras miradas de los que le reconocían y aspiraban a ser como él.

Álex cruzó la seguridad y se dirigió al único ascensor que daba a las últimas plantas del edificio, privilegio que estaba reservado a los empleados más destacados de la firma de inversiones.

—¡Jefe! —dijo José a la llegada de Álex.

Explícame cómo haces siempre para saber que he llegado —preguntó mientras salía del ascensor.

—Lo huelo en el aire.

—¿Me hueles cuando llego? —preguntó en tono coqueto.

—No se haga ilusiones... No es mi tipo.

—Soy el tipo de todos.

—Tiene razón. ¿A quién quiero engañar? Cambiando de tema, ¿ha llegado el señor Martínez?

—Se ha adelantado...

—¿Le anuncio, jefe?

—No, que espere... ¿Ha llegado el viejo?

—Sí, y creo que quiere verlo...Además. por lo que veo en su mirada, me da a mí que el señor Martínez seguirá esperando.

Álex llegó a su despacho y se dirigió a su mesa, tras una rápida ojeada a los papeles que había dejado José para la reunión con el señor Martínez y sorbió un poco del zumo natural exprimido que su asistente le traía cada mañana. A diferencia del resto de los empleados, sorprendentemente Álex no tomaba café. Una vez puesto todo en regla, el hombre fue directo a la oficina de Luis Aguilar, dueño y fundador de la compañía.

Para Álex, Luis era más que un jefe. Ese hombre se había convertido en su mentor y protector, más parecido a un padre que a otra cosa. Gracias a la oportunidad que le brindó, alcanzo metas inimaginables para un pobre pescador de un pequeño pueblo llamado San Antonio.

La primera vez que sus caminos se cruzaron fue en la cafetería de su tío. Ajeno al ajetreo de la cafetería, Álex se dedicaba a recoger las mesas vacías y prepararlas para otros comensales mientras observaba las pantallas planas que había sugerido a su tío que colocara, aprovechando la ubicación del local. Todas y cada una de las pantallas visionaban todos los canales con la temática de la bolsa. Así los clientes, mayoritariamente hombres de negocios, estarían de alguna forma al tanto de lo que ocurría con sus inversiones.

Sumido en sus quehaceres Álex escuchó la conversación que Luis estaba teniendo con otro cliente. El hombre hablaba emocionado con una compra empresarial que el ayudante de cocina sabía que no iba a funcionar. Lejos de callarse habló con su característica seguridad y alertó al hombre del error de comprar dicha empresa, ya que solo la estaban vendiendo en partes y no al cien por cien, como parecía creer. En cambio le aconsejó invertir en el mercado tecnológico, dándole además el nombre de algunas empresas emergentes del sector.

Luis se quedó intrigado ante el descaro del camarero y optó por no responder o apoyar los ataques de su acompañante, que sí recriminó al joven su atrevimiento. Abandonaron la cafetería y Álex no volvería a saber más de ellos hasta dos meses después, cuando él apareció y le preguntó cómo sabía de la situación de la compañía que había aconsejado no

comprar.

Observar la capacidad intelectual de Álex, sin apenas proponérselo, lo llevó a entender y conocer el funcionamiento de la bolsa y aquello le pareció fascinante. Apenas unas conversaciones de clientes y mirando una cuantas pantallas de televisión le ponían a la altura de muchos profesionales del sector. Tenía que saber más de ese joven.

El opulento despacho de Luis era tan grande que parecía ocupar toda la planta. Los formidables y modernos muebles eran un reflejo del poder del hombre de negocios. Haber sido uno de sus protegidos era un honor que Álex siempre agradecería.

Al verle Luis se alejó del enorme ventanal con una de las mejores vistas a la ciudad y se apresuró a saludar al recién llegado. Pocas personas tenían la gracia de conseguir que fuera el dueño de la compañía el que diera el primer paso y se acercara.

—¿Cómo has estado?

—Bien, gracias. Quería volver a agradecerte que me permitieras ocuparme de las empresas del señor Monte Negro.

—Al principio dudé, pero estabas tan obstinado que no me quedó otra —dijo mientras le ofrecía sentarse—. Esperaba que con los años esa locura de tu amor de juventud se te pasara. ¿La viste?

—Sí, y no pierdas tú tiempo intentando pararme de nuevo, porque estoy más que decidido.

—Nunca te paré, solo te pregunté qué pensabas ofrecerle. No tenías dinero, ni estudios y mucho menos medios para llegar a obtener ambas cosas. Presentarte en la casa de uno de los empresarios más importantes del país para ofrecerle a su hija la posibilidad de lavar platos contigo, no sé... No me parecía buena idea.

—Agradezco todo lo que me diste, pero necesito hacer esto.

—Si mal no recuerdo, está casada.

—Debería estarlo conmigo.

—Tienen una hija.

—Esa niña debería de haber sido mía.

—Tienes una ambición y tenacidad que te hace arrasar con todo lo que se interpone en tu camino con tal de conseguir tus objetivos, pero con esa misma seguridad me atrevo a decir que darías la vida por cualquiera de tus allegados sin dudarlo. Hijo, debes encontrar un equilibrio, no puedes ir por la vida con esa visceral visión del mundo.

Después de las palabras de Luis el silencio dominó la estancia. Álex respetaba a su jefe como a un padre, tanto que solo él podía sermonearle de aquella manera. Apretó la mandíbula e intentó disimular lo mal que le habían caído las afirmaciones del hombre, más por acertadas que por ofensivas.

Él no era así, se repitió. Solo estaba intentando arreglar un error del destino, Elisa era su gran amor y por estúpidas coincidencias del destino acabó casada con un suertudo que seguramente no la merecía. No entendía por qué tanto drama a un divorcio, y la niña..., bueno..., ya aprendería a quererle. O al menos eso creía.

—He visto al señor Martínez al llegar. Seguro que te espera a ti. Ve y atiéndele —zanjó Luis.

Álex se levantó en dirección hacia la puerta, pero antes de abrirla se volvió y le preguntó a Luis qué pasaría si no era capaz de encontrar ese equilibrio.

—Entonces estás jodido —dijo apoyado desde el gran sofá de su despacho.

Después de la reunión con su cliente, Álex volvió a su despacho donde lo esperaban José y su hermano pequeño.

—Te dije que le prohibieras la entrada —le dijo a José refiriéndose a su hermano pequeño.

—Muy gracioso —respondió el joven mientras abrazaba a su hermano mayor tras la pequeña broma.

—Lo intente, créeme, pero es más mono y agradable que tú y me ganó. Además, ¿quién le dice que no a esa maravilla de ojos miel? —se justificó el asistente mientras salía del despacho.

—Señor Alejandro Baeza —dijo Diego mientras leía la placa del escritorio de su hermano mayor—. Prometió que comería conmigo hoy, así que no puede escaquearse.

—No pretendo hacerlo. Solo que se presentan cosas en el trabajo...—Tras la mini-reunión que había tenido con Luis, no podía sacarse sus palabras de la cabeza. Casi no había podido concentrarse en la reunión con

Martínez, como para aguantar las infinitas y alocadas conversaciones de Diego.

—Y por eso estoy yo aquí... Casi no sabes de mí, no sabes dónde estoy, qué hago..., quién soy. Te estás perdiendo mi infancia.

—Uno: deja el drama. Dos: tienes veintidós años. Y tres: sé bastante de ti. Me llegan todas las facturas de tu tarjeta.

—Quiero que sepas que eso último no me ofende nada. No te quejes, que también te llegan mis notas universitarias... Venga, vamos, que tengo hambre.

Los hermanos abandonaron las oficinas para el acordado almuerzo. Antes de irse Álex dio unas cuantas indicaciones y le preguntó sobre otros encargos que le había solicitado a José. Entre ellos información sobre Elisa.

Los ruidos de la pequeña María corriendo para escapar de su padre volvieron en sí a Elisa. Llevaba casi quince minutos sumida en sus pensamientos. Para su desgracia en las últimas dos semanas desde aquella fiesta los ocupaba el mismo hombre. Hacía dos horas que había recibido el último mensaje de Álex, al menos se habían acabado las llamadas. Con los mensajes no tenía que buscarse la vida para justificarlos ante su marido en horas poco apropiadas.

En realidad Juan nunca la controlaba; al contrario, era uno de los hombres más considerados que había conocido, motivo por lo que se sentía aún peor por permitir que Álex ocupara por completo sus pensamientos. Mientras veía a su marido jugar con la pequeña, Elisa no podía evitar preguntarse cómo creía Álex que ella abandonara algo tan bonito como lo que estaba presenciando en el pequeño salón del piso que compartía con su pequeña familia.

Tanto ella como su marido, tras la crisis que estaba pasando su padre, decidieron mudarse a un piso más pequeño y ahorrar algún capital por si hubiera sido necesario y ayudar al patriarca de la familia. No llegó a ser necesario, pero aun así se quedaron en el apartamento, una vez superado todo.

No obstante, la casa se encontraba en un barrio de clase media alta, por lo que no dejaba de ser una vivienda lujosa. Después de todo, Juan trabajaba en la empresa de su familia y disponía de una pequeña fortuna heredada tras el fallecimiento de su abuelo.

María gritó al ser elevada por su padre. Mientras la niña estaba en los brazos de su padre la distraída mujer observó a su marido. Era casi tan alto como Álex, pero no igual de corpulento. Era atractivo. A pesar de su apariencia, NERD, detrás de unas finas gafas, se distinguían unos ojos tan azules que eran capaces de competir con el mismo cielo. Lo que más le gustaba de él eran los hoyuelos que se le formaban cada vez que la sonreía. Esa mañana habían hecho el amor, aprovechando que la pequeña no se había despertado, y recordaba cada tierna palabra que Juan la había susurrado hasta llegar al orgasmo.

Definitivamente, Álex estaba loco si pensaba que iba a renunciar a algo así por una fantasía. Lo único que se preguntaba entonces era: «¿Por qué no dejo de pensar en él?».

—¿Estás bien? Pareces distraída —dijo apartando la vista unos segundos de María.

—Sí, no te preocupes.

—Esta «renacuaja» y yo nos vamos al parque. ¿Te apetece venir? —dijo mientras le hacía cosquillas a la pequeña y esta respondía ramoneándose entre sus brazos.

—No. Recogeré un poco su habitación... ¡Pero divertíos!

La niña de cinco años grito de alegría y siguió a su padre hasta el cuarto para prepararse y bajar a jugar. No había nada más que le gustara hacer más que pasar tiempo con su progenitor, ya que era Elisa quien la ponía límites y le regañaba si se portaba mal.

Una vez preparados padre e hija salieron de la casa y cerraron la puerta tras ellos. Elisa se dejó caer un instante en el sofá familiar de su apartamento. Cuando se reincorporó recogió los juguetes que tenía al alcance de su mano y se dispuso a hacer lo mismo en la habitación de María, cuando sonó el timbre. Elisa corrió hacia la entrada principal y abrió la puerta. Juan olvidaba con frecuencia las llaves de casa, así que no le extrañó que volvieran tan pronto.

—Debes de estar bromeando —dijo Elisa a su inesperada visita.

—¿Puedo entrar?

—No.

—Gracias —dijo Álex mientras se metía al piso ignorando la negativa de la dueña—. Vaya, es bonito...Muy familiar. Me gusta...

—¿No tienes un orfanato que cerrar o alguna anciana a la que echar de su

casa?

—Ya lo hice esta mañana. Me sobraba tiempo y ahora toca jugar.

—Pues te has equivocado de lugar —dijo Elisa señalando la puerta. —
¿puedes irte y desaparecer de mi vida?

—La que está equivocada eres tú. Y si tengo que abrirte los ojos...

¡No tienes que abrirme nada! —interrumpió Elisa—. Esta es mi vida, este es mi mundo ahora. No hace ni cinco minutos que bajó mi marido al parque con mi hija. Deja de llamarme, deja de mandarme mensajes. ¡Tienes que dejarme en paz!

La rigurosa mirada de Álex no hacía más que aumentar la tensión en el aire. Elisa hablaba, pero no parecía que hiciera ningún efecto en él. De alguna manera tenía que hacerle ver que lo que buscaba ya no era posible. El hombre la observaba mientras ella vociferaba. No dejaba de clavar esa fría mirada desconocida para ella y que descubría por primera vez hacía dos semanas.

—¿Has terminado?

—¿Qué? —pregunto ella sorprendida.

—Me toca...

Elisa sintió cómo un escalofrío le atravesaba todo el cuerpo. Podía sentir cómo cada diminuto vello de su cuerpo se rizaba con cada paso que Álex daba hacia ella. Era cosa de su imaginación, o el salón se hacía más y más pequeño. Los síntomas de tenerlo tan cerca empezaron a aflorar en ella, ya que las palabras se quedaban atascadas en el gran nudo que se le había formado en el estómago.

Álex desafió la seguridad con la que Elisa alardeaba de haberle olvidado y se acercó lo suficiente como para hacerla retroceder. La cogió del brazo y atajó hacia él. Aunque Álex se resistía, pegó su cuerpo al de ella y la obligó a sentir su masculinidad.

Todo su cuerpo temblaba ante la desafiante mirada de Álex. Claramente intentaba demostrar algo, pero ella no iba a caer en sus manipuladores y juegos mentales. O eso fue lo último que pensó Elisa antes de caer sobre el sofá y sucumbir al posesivo beso de Álex. El hombre desbordó toda la pasión contenida de años en ese primer contacto.

Los gemidos de Elisa, con cada caricia de Álex, no hacían más que avivar el calor y la fuerza con la que el hombre devoraba su boca beso a beso. No podía parar. La intensidad de los movimientos de la lengua aumentó en proporción a los latidos del corazón que notaba sobre los apetecibles pechos de Elisa. Debía recordarse que no estaba ahí para un momento de pasión, sino para el premio final.

Elisa se unió con él y clavó los dedos a su espalda. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo había llegado a ese punto? Finalmente pudo notar su cuerpo en todo su esplendor. No, ya no era un escuálido. La fuerza con que la tomaba estaba justificada por el duro y musculoso cuerpo que podía notar sobre ella. El calor que desprendía parecía capaz de derretir hasta el más grande de los icebergs. Sin darse cuenta, el hombre se había posicionado entre sus piernas. Era cuestión de tiempo dar el siguiente paso. El frenético beso bajó todas sus defensas. a no había marcha atrás.

Álex se apartó bruscamente y la miró.... Decepcionada, porque el parón ya duraba demasiado, abrió los ojos y se encontró con aquel semental mirándola fijamente con una sonrisa que no acababa de entender. ¿Se había corrido?

—¿Qué? —preguntó finalmente.

—Que nada se acaba hasta que yo lo digo. —Álex se levantó y se colocó el traje frente al espejo del salón. Después de acicalarse miró a su desconcertada anfitriona y prosiguió—: Toma una decisión o lo haré yo por ti... No te molestes. Sé dónde está la salida.

Él abandono el apartamento, ante la incrédula mirada de Elisa. Se había dejado llevar, sin remedio y la vergüenza. Fue lo primero que sintió al recordar. ¿Cómo había llegado tan lejos? Era como volver a la adolescencia. Ya no era aquella niña que Álex conseguía dominar a base de caricias y bonitas palabras. Era la casa de su hija y había permitido que ese encantador de serpientes se saliera con la suya. No iba a volver a pasar, No podía volver a pasar, se repitió mientras lloraba y recogía la habitación de María.

Capítulo 3

Las cosas con Elisa iban más despacio de lo que se esperaba, Para Álex, acostumbrado a conseguir todo a un ritmo récord, le resultaba difícil aceptar que a esas alturas, la mujer no debería hubiera sucumbido ya a sus peticiones. ¿Qué la estaba parando tanto?

Él daba vueltas sobre la cama King Size de su habitación. Haba salido el sol, pero no tenía ganas de levantarse, no entendía la testarudez de Elisa al negarse la oportunidad de empezar de nuevo con él. Que ella no alabara su lucha por volver a unirles le desquiciaba más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Para él estaba más que claro: ese tipo de cosas son las que volvían románticamente locas a las mujeres. Tendría que esforzarse más aún, pero el final estaba muy decidido.

Hubo un ruido atronador en la puerta. Después del susto, Álex cayó en la cuenta de que solo una persona tocaba de esa enfermiza forma en la casa.

—¡Álex! ¿Estás despierto?

—Ahora sí —susurró—. ¿Qué quieres?

Diego entró en la habitación y se lanzó a la cama de su hermano, claramente, molesto por la intromisión. Últimamente se levantaba de mal humor y su hermano no facilitaba las cosas.

—Te preguntarás, ¿qué hago aquí?

—En absoluto —respondió él, rápidamente.

—No te impacientes, te lo cuento...

—No quiero saberlo.

—A tu hermano acaban de llamarle de las oficinas Brave Dorian para realizar las prácticas del próximo año en sus oficinas. Después del máster, me codeare con la realeza del mundo de las inversiones. ¿Impresionado?

—La verdad es que sí —admitió—. No es fácil entrar ahí. De vez en cuando trabajamos con ellos y tienen un nivel casi como el nuestro.

—Ya ves...Tu hermano no es un inútil como creías.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Bueno... Creo que aparte de mis notas académicas debió de

impresionarles el increíble informe personal que hice de mí. No me dejé absolutamente nada...

—Dejaste caer que soy tu hermano.

—¡Sí!

A veces se lamentaba de haberle facilitado tanto las cosas a su hermano, pero recordar de todo lo que carecía él a la misma edad le hacía borrar cualquier pensamiento negativo sobre el tema. Por suerte, quitando lo loco que podía llegar a estar su hermano, Álex se enorgullecía del hombre en que se estaba convirtiendo. A pesar de todo siempre había sido un buen chico y casi nunca se metía en problemas.

Mientras se duchaba sonó el teléfono. Esta vez fue la sirvienta quien irrumpió en la habitación solicitándole que cogiera el teléfono. Era un sábado. A esas horas de la mañana normalmente se encontraba en las oficinas, pero con todo lo de Elisa había decidido tomarse el día libre.

Al otro lado del teléfono escuchó la familiar voz de Carlos, uno de los pocos afortunados que compartía junto a él la misma planta en las oficinas de Luis. Carlos no era tan inteligente como él, pero se ganó llegar hasta arriba trabajando duro y demostrando su lealtad con Álex, haciendo que lo respaldara ante la junta constantemente. Las amistades sinceras del mundo financiero eran difíciles de encontrar, Carlos era un mirlo blanco y muy apreciado por el financiero.

—¿Dónde estás?

—En casa. ¿Qué pasa?

—Llevo todo el día llamándote.

—Apagué el teléfono. Quería descansar. ¿Qué pasa?

—El señor Monte Negro ha llamado para una reunión urgente en sus oficinas. Adivina quién se ha prestado para ir en tu ausencia.

—Álvaro.

—Ese tío aún no ha superado que Luis te diera las cuentas Monte Negro.

—Dile que no se moleste. Ya voy yo.

—¿Qué parte de que llevo todo el día llamándote no has pillado? ¡Ya salió! Así que ve cagando leches a las oficinas de don Francisco. ¡Ya!

«¡Mierda!», maldecía mientras se preparaba, Álvaro era como la típica mosca que, por más que intentabas aplastar con el periódico, siempre volvía. Entendía el enfado del hombre cuando solicitó el encargo y se lo denegaron, pero debía aceptar que esas cuentas las llevaba él. Los motivos personales de Álex pesaron más para Luis que cualquier otra cosa, ya que admitió que Álvaro también estaba capacitado para el mismo trabajo. Obviamente, no fue la explicación que se le dio a su compañero en ese momento.

Álex se propuso acabar de una vez por todas con las constantes intromisiones de Álvaro. Para él era hora de que aceptara su liderazgo y evitara que volviera a cruzarse en su camino.

Después de salir del Mercedes propiedad de la compañía, Roco le alcanzó su maletín y el abrigo de caballero que se había llevado al asiento delantero para la comodidad del pasajero.

Siempre que llegaba a las oficinas centrales de Francisco, Álex se asombraba del gran jardín que tenía que cruzar para llegar a la puerta principal del edificio. La primera vez que cruzó ese paramo verde perfectamente conservado en pleno centro de la ciudad se preguntó por el cuantioso mantenimiento que conllevaba semejante espacio natural.

Al entrar en el vestíbulo casi no necesitaba acreditaciones. Después de los meses de trabajo saliendo y entrando para levantar ese sitio ya no le pedían identificarse. Si había una cosa que le incomodaba cada vez que llegaba a esa empresa y era ver cómo sonreían todos los trabajadores. No recordaba haber visto a uno solo que no lo hiciera. Una vez revisado el estado de los empleados Álex salió de dudas al ver que disponían de todos los días libres que les correspondían. Los seguros estaban cubiertos por la empresa y habían instalado mecanismos para los padres trabajadores, tales como guarderías. Lo increíble fue descubrir que el gran jardín de la entrada se hizo para ellos, para que tuvieran un lugar donde relajarse. ¡Incomprensible! «Luego se pregunta el porqué de su crisis», pensó Álex.

Un auto reflejo hizo que Álvaro y su acompañante se levantaran al abrirse la puerta. Para su sorpresa se trataba de Álex, que de alguna forma se había enterado de la reunión. «Seguramente el cerdo de Carlos le avisó, pensó el hombre antes de sentarse de nuevo.

—Debí imaginarme que harías algo así —comentó el recién llegado.

—No sé a qué te refieres —respondió Álvaro.

—Intentar quedarte con uno de mis clientes.

—¡Dirá uno de sus clientes! —bramó Ramón a la vez que se levantaba bruscamente para defender a Álvaro. Haberle dado la oportunidad de entre todos los becarios de su sección de estar en esa reunión le dio el valor suficiente para responder al comentario de Álex. Para lo que no estaba preparado era para la implacable mirada que le dedicó el asesor, haciendo que bajara la vista mientras se sentaba lentamente de nuevo—. Perdona... —dijo casi susurrando.

—Puedes irte, que yo me encargo —comentó Álex sin apartar los ojos del joven becario que seguía con la cabeza gacha, evitando así cualquier otro contacto visual con él.

—Ya tenemos todo listo. Además don Francisco ya me ha visto y no le ha importado que fuera yo.

—No me colmes la paciencia, Álvaro.

—¿Qué no te la colme? —dijo levantándose—. ¡Eres tú el que me quitó estas cuentas!

—¿Y? —preguntó sorprendiendo a su compañero con la simple respuesta a sus reclamaciones—. Sé un hombre y supéralo. Ahora o sales de aquí o te pasarás todo lo que te queda de carrera en esta compañía aconsejando a pensionistas.

Si hay algo que todos sabían era que Álex siempre cumplía sus promesas. Dicho eso el primero en abandonar la sala dejando atrás la tensión entre los dos hombres fue el becario, seguido unos segundos después por un furioso Álvaro. Detrás de ellos entraba Francisco preguntando el porqué del cambio. El asesor financiero lo tranquilizó argumentando que Álvaro le había sustituido en caso de no llegar a tiempo. Francisco pudo ver la rabia en los ojos Álvaro, pero no tenía tiempo para nada más que sus empleados, así que se dispuso a empezar la reunión, aunque no se llegó a creer la explicación de Álex.

Una de las inversiones que se habían realizado para levantar Monte Negro e Hijas parecía tambalearse. Para evitar males mayores Francisco solicitó la presencia de su gestor para idear salidas y evitar una posible caída de las acciones.

La primera vez que entró en esa sala de reuniones Álex recordaba la cara de preocupación con la que le recibieron los accionistas del emporio. Una vez hechas las presentaciones formales por parte del dueño de la empresa, pudo vislumbrar la calma que les invadía al saber que sería Alejandro Baeza el encargado de intentar gestionar y arreglar todo el tinglado de la crisis que en esos momentos asolaba a la empresa. Si bien

es verdad que no entendía algunos gastos, como el que se dedicaba a los empleados, fue testigo de cómo cada uno de los empleados de Francisco accedió por iniciativa propia a reducirse un porcentaje del salario para ayudar con el problema.

Se avergonzó al darse cuenta de que los empleados del Goliat Bank Finance no llegarían a tal sacrificio por Luis, más bien habría que rezar para que no estuvieran detrás de nada.

Después de cada reunión a Francisco le gustaba tener otra en privado con Álex, donde el joven le daba unas últimas pautas sobre lo decidido y aclaraba algunas dudas que se le podían haber quedado. En plano cruces de información, la presencia de Francisco fue requerida en otro departamento urgentemente. Álex tranquilizó al dueño para que no se inquietara porque él gustosamente le esperaría para proseguir con el encuentro. Aprovechando la tranquilidad del despacho de Francisco, el financiero se relajó apoyando la cabeza en el sofá y relajar la mente. Esa noche no había podido descansar como quería, así que cualquier parón que pudiera hacer era un apreciado regalo para sí mismo.

La puerta se abrió y Álex se incorporó. Al final no debió de ser tan grave el problema porque el hombre estaba de vuelta y en menos de cinco minutos. Para despertarse se cubrió la cara y se masajeó los ojos. Al abrirlos tenía ante él a la criatura más hermosa que había visto en toda su vida. No podía ser real, así que cerró y abrió los ojos con fuerza. Pero no, ahí estaba, delante de él, como un espectro en pleno desierto.

La erótica y exuberante belleza de la chica le pilló por sorpresa. Poseía unos profundos ojos negros, una nariz fina y unos labios tan carnosos y sexis que parecían la causa de todas las tragedias griegas habidas y por haber. Una vez recuperado del primer impacto del rostro Álex prosiguió con el resto del cuerpo, ya que el vestido que llevaba acentuaba cada una de sus delicadas curvas. De pronto se vio disfrutando de todo lo que podía hacer con él. Tales pensamientos le llevaron a sentir un calor que se concentró en la entrepierna. Se recordó a sí mismo dónde estaba y controló todo impulso de desnudarla y hacerla suya ahí mismo. El hombre se apoyó en el sofá y disfrutó del panorama, Tal era el descaro con que la miraba que notó cómo la recién llegada se echaba hacia atrás y le miraba de forma acusadora.

—¿Puedo ayudarla? —dijo finalmente Álex.

—No.

—¿Segura?

La chica se giró con desdén y dejó volar su rojiza melena. «Claramente teñida», pensó Álex, pero en ese momento no creía que hubiera otro color que le sentara igual de bien.

Bueno, puede que sí, ya que está en su despacho. Estoy buscando a mi padre. ¿Le ha visto?

Entonces se dio cuenta. No podía ser...

—¿Verónica?

—¿Nos conocemos? —preguntó ella desconcertada.

—No —respondió controlando el asombro—, pero tu padre me ha hablado de ti.

—Obviamente no debe de ser importante porque a mí no me ha hablado de usted.

La respuesta divirtió a Álex, que se levantó y se acercó a la joven. No podía creerse que esa arrogante chica fuera la hermana pequeña de Elisa. Recordó las tres o cuatro ocasiones en las que alcanzó a verla en San Antonio. Si no recordaba mal, todos los problemas de los que le hablaba Elisa eran provocados por su incontrolable hermanita pequeña. Al parecer, los años no habían hecho mella en su personalidad. Estaba intrigado y tenía que descubrir más cosas de esa desconocida para él.

—Bueno, eso es un error que podemos subsanar.

—Mi padre no comete errores.

Eso era verdad, desde que le conociera, Francisco tenía una peculiar forma de agradecerle todo lo que había hecho por él. En más de una ocasión podía vislumbrar un brillo de desconfianza hacia él cada vez que le miraba, pero Álex se repetía que debían ser imaginaciones suyas. No le podía desagradar alguien que había salvado su empresa. Francisco le tenía en muy alta estima.

Álex dio dos pasos más hasta ponerse lo bastante cerca como para percibir su aroma. Era dulce y delicado, algo inesperado teniendo en cuenta el torbellino sensual del que procedía. Lejos de apartarse y sucumbir a la intensa mirada de Álex como lo hiciera a su llegada, la joven aceptó el desafío y aguantó estoicamente el atrevido acercamiento del hombre. Antes de que Álex pudiera proseguir con la conversación la

puerta del despacho se abrió de nuevo.

Esta vez era el dueño en persona, que se asombró al ver a su hija y más en compañía de aquel individuo. El hombre hizo un gesto a la chica para que se acercara a él sin apartar la vista de su asesor financiero. Verónica abrazó y besó a su padre, que le sonreía embelesado. Álex ocultó su sorpresa, ya que no había visto esa faceta de su cliente hasta esos momentos.

—¿Cómo estás, pequeña?

—Bien, papá. Entré y no te encontré. Solo estaba...ese.

—Hija, te presento al señor Alejandro Baeza —dijo señalándole. Trabaja para la empresa. Gracias a él seguimos funcionando. Señor Baeza, permítame presentarle a mi hija Verónica.

—Es todo un placer, señorita. Le hago saber además que tuve la suerte de conocer a su hermana en el banquete que ofreció don Francisco en la fiesta de su pueblo natal.

Después de la presentación a Francisco le resultó familiar el largo silencio de su hija ante las palabras de Álex. Por mucho que hubieran intentado, tanto él como su mujer, inculcar a esa niña unos principios básicos de comportamiento, a veces tenían que echar mano de toda la paciencia del mundo para disculpar sus desaires.

—Niña... ¿no tienes nada que decir?

—Sí, papá —habló finalmente—. Estás ocupado, así que ya te veré después.

—De acuerdo —contesto el hombre agobiado por el comportamiento de su hija—. Pásate por casa para ver a tu madre. Te echa de menos.

—Sí, papi... —Verónica hizo otra pausa y continuó—: señor Baeza —dijo sin mirarle y dirigiéndose hacia la puerta.

Francisco miró algo cansado a Álex y se disculpó por las maneras de su hija.

—Me gustaría mentirle y decirle que debe de haber pasado algo porque ella nunca es así, pero mentiría descaradamente. Esa es mi pequeña Verónica.

—No se preocupe, don Francisco. Yo personalmente tengo un hermano que me trae de cabeza.

Francisco agradeció la sutileza de Álex y le hizo un gesto para seguir con el trabajo pendiente.

Capítulo 4

El pequeño ventanal del apartamento daba a las calles de un humilde barrio. Las tardes eran más ruidosas por la avalancha de niños que aprovechaban la bajada del sol para salir a jugar aprovechando los últimos rayos del día. A pesar de lo pequeño que era a la dueña le parecía perfecto, ya que quedaba cerca del centro y por lo tanto cerca del estudio gráfico donde trabajaba. Aunque fue difícil mudarse a la gran ciudad desde el pequeño pueblo del que procedía, fue una suerte para ella llegar a la universidad y sin esperárselo introducirse en el círculo más exclusivo de la entidad, gracias a la inesperada amistad con Verónica Monte Negro.

Mientras preparaba las dos tazas de té rosa gritó a su invitada si prefería azúcar o edulcorante. Al no recibir respuesta se acercó al salón y la despertó de su trance.

— ¡Oye! Te estoy hablando. ¿Azúcar o edulcorante?

— Sí.

— ¿Sí qué?

— ¿Qué decías?

— ¡Vaya! Sí que te dejó tocada ese maromo...

— No digas tonterías... ¿Y el té?

Verónica ignoró la broma de Rosa, pero en cierta manera la entendía. Se había pasado toda la semana aguantando sus constantes quejas hacia el misterioso impresentable con el que se había encontrado en la oficina de su padre.

La más pequeña de los Monte Negro deseaba desesperadamente poder borrar la imagen que se le había quedado grabada del señor Alejandro Baeza. En una primera ocasión Verónica pudo ignorar su presencia y mostró su desacuerdo cuando le vio mirándola de esa forma tan inapropiada. A pesar de haber podido eludir la intensidad de los claros ojos con los que parecía poder ver su interior, todo cambió cuando se levantó e hizo un alarde de todo su apabullante atractivo y esa dominante actitud que parecía gritar: «¿En tu casa o en la mía?».

Cualquier pequeño detalle en él, como el mero hecho de haberse aligerado la corbata, avivaba aún más el fuego que parecía haberse encendido en el interior de la ofendida.

La situación no mejoró para ella cuando aquel personaje se acercó y pudo percibir su fragancia. Aun con el traje a medida, Verónica pudo observar que difícilmente podía contener los increíbles brazos y el formidable pecho que se ocultaban tras él. La media sonría que la estaba dedicando encajaba perfectamente con la ligera barba que cubría su formidable mentón.

La chica tuvo que hacer amago de todo su valor interior para aguantar el atrevido acercamiento de aquel hombre. No podía demostrarle lo impresionada que se había quedado en ese primer encuentro. Y mucho menos hacerle ver lo que había despertado en ella. Aunque él parecía saberlo.

— ¡Tierra llamando a Verónica! —gritó Rosa mientras dejaba las tazas de té en la mesa.

— Muy graciosa —respondió Verónica una vez recuperada del susto que le dio Rosa.

— Eres tú la que anda atontada con ese horrible, horrible, horrible hombre malo.

— ¡Es que es verdad! Tenías que estar ahí, Iba por el despacho de mi padre como si fuera el dueño. Ese impresentable me miraba como si pudiera verme desnuda. Pervertido.

— Bueno..., entonces es bueno que posiblemente no le vayas a ver más. Si la empresa de tu padre empieza a despegar acabarán viéndole una o dos veces al año. Y será tu padre quien tenga que pasar por esa terrible situación.

— Eso espero, porque no quiero volver a encontrármelo nunca.

— Cambiando de tema. ¿Tienes lo del perfume listo?

— ¿Qué perfume? ¡Ah, sí! El perfume... No. Con tanto lio no pude concentrarme.

— A mí se me ocurrieron algunos diseños para marketing... Si quieres te los...

— ¡Us! ¿Y esos aires de macho? —interrumpió bruscamente a su amiga.

— Veo que no te interesa que hablemos del trabajo.

— No es eso. ¡Es que me desquicia!

— ¿El qué exactamente? Según lo que me contaste casi no hablasteis...

— No lo sé, pero algo es.

— Entonces, ¿seguimos con lo del trabajo? —preguntó Rosa con cautela.

— Da igual. Seguro que lo que tengas estará bien. Entrégalo y ya. No estoy para nada más.

— OK. Qué suerte que puedas pasar así del trabajo. Bueno..., suele pasar cuando eres la dueña.

— No soy la dueña. La compañía de mi padre es la dueña y supongo que sí, eso me convierte en la dueña —dijo Verónica acompañando la frase con una sonrisa.

Sonó el teléfono, pero Verónica no reconoció el número. Al contestar la expresión de su cara cambió tanto que Rosa no pudo esperar a que colgara para preguntar qué pasaba.

Su invitada comenzó a gesticular de una forma tan exagerada que empezó a preocuparse. La cosa no mejoraba porque pasaba de un asombro infinito a una sonrisa que asustaba. Con los mismos exagerados movimientos vio cómo Verónica se obligaba a calmarse para poder atender la llamada. Finalmente dijo la primera frase aclarando las dudas de la anfitriona.

— ¿Cómo se atreve a llamarme...? ¡Claro que no quería que me llamara! ¿Por quién me toma? —dijo sonriendo hacia Rosa—. ¿Qué? ¡Es mentira! —Verónica se levantó y corrió hacia la ventana para asomarse. Acto seguido hizo un gesto a su amiga para que se acercara con ella al ventanal—. ¡Es él! —susurró.

— ¡Joder! Ahora te entiendo —comentó Rosa cuando vislumbro al invitado sorpresa.

— ¿A qué ha venido? —preguntó de nuevo al teléfono—. No, no voy a bajar. —Verónica colgó el teléfono y miró a su amiga—. Dice que se irá en cinco minutos... ¿Qué hago?

— O bajas tú o bajo yo —respondió Rosa con urgencia.

La puerta del portal se abrió. La noche era fresca, por lo que Verónica bajó con un chal prestado de Rosa. Al cruzar el umbral se descubrió

mirando a los ojos del hombre más inquietante y peligrosamente atractivo que había conocido. La visión era espectacular. No llevaba traje.

Su ropa era casual, compuesta por unos vaqueros y una simple camisa negra de mangas largas, que marcaba aún más su increíble cuerpo. El negro de la prenda destacaba los claros e intensos ojos del hombre, exagerando todavía más su descarada virilidad. Verónica bajó las escaleras y se paró frente a él.

Tenía el corazón desbocado y podía sentir el calor que emanaba de todo su cuerpo. Se obligó a tranquilizarse, pues sabía que él se daría cuenta y seguramente lo aprovecharía en su favor.

Después de un silencio más placentero que incomodo finalmente habló.

— ¿Cómo me ha encontrado?

— Tengo mis recursos.

— Si mi padre se entera... se meterá en un lio...

— ¿Por qué? ¿Por pasear en la calle?

— Por acosar a su hija.

— Sigue mirando —dijo después de una pequeña pausa.

— ¿Qué? —preguntó Verónica desconcertada.

— Su amiga... sigue observando.

— Está preocupada por mí —dijo una vez que comprendió—. Quiere asegurarse de que estoy bien.

— ¿Sí? Eso está bien. —Acto seguido Álex miro de nuevo a la ventana y saludó a la vyerista.

Rosa no se esperaba la acción y respondió con un respingón que la llevó a tirar todo el té sobre ella. Al abandonar la ventana para arreglar el desaliñado Álex aprovechó para acercarse a Verónica y meterla de nuevo en el portal del edificio.

Se había acercado otras veces, pero nunca le había tenido tan cerca. El hombre la observaba como si intentara leer su alma. Sentía tantas cosas recorriéndole por el cuerpo que apenas conseguía concentrarse y definir alguna de esas emociones. Para sorpresa de Verónica nunca había sentido la mayoría de esas emociones. El cuerpo parecía debilitarse y ceder al fuerte abrazo al que le sometía Álex, cada vez más intenso. El hombre le

acaricio el labio inferior con el pulgar mientras elevaba delicadamente su barbilla hacia él.

— ¿Me permite tutearla?

— No parece la clase de hombre que necesite permiso para nada... —dijo con la respiración entrecortada por los nervios al pensar aterrada lo que podía pasar en ese momento si no conseguía controlar a ese hombre, o peor, controlarse a ella misma.

Las mejillas de Verónica estaban tan rojas que Álex se sintió tentado a besarla en ese mismo instante, pero reprimió sus instintos posesivos para disfrutar más del momento. Prefirió aferrarse a su cintura y pegarla contra él, bajó su cabeza y besó parte del hombro que había dejado al descubierto el chal al deslizarse por el brazo. La miró a los ojos de nuevo y adivinó lo que estaba esperando la joven. Pensó que debía dárselo, pero calmó su fuego interior y se apartó.

— ¿Qué tal una cena?

En ese momento Verónica apenas recordaba respirar. Se mordió el labio inferior instintivamente, provocando un ligero arrepentimiento en Álex por haberse detenido. Después del éxtasis que estaba experimentando se calmó y volvió a la fría realidad, al encontrarse apartada del impresionate cuerpo que había estado abrazándola apenas cinco segundos antes. Recuperar el habla era el próximo obstáculo.

— ¿Cómo?... Digo... ¿Qué?

— La estoy invitando a cenar. En una cosa tenía razón: es hija de su padre y debo respetar eso sobre todas las cosas.

— Ah... —dijo algo decepcionada al dejar de sentir la proximidad de Álex.

— ¿No quiere?

— Sí... Le daré el honor de...

— ¿Cortejarla?

— ¿Qué edad tiene? ¿Sabe qué? No me lo diga... La cosa es que si...tiene una oportunidad...no la desaproveche —dijo mientras se daba la vuelta y subía las escaleras del vestíbulo hacia el ascensor.

— No lo haré —concluía mientras la observaba marcharse.

Habían pasado casi tres meses desde la fiesta de San Antonio. En esa ocasión la cena se preparó para un centenar de invitados de los que Helena apenas conocía a tres o cuatro esposas. Aunque todas parecían conocerla muy bien. Ahora era diferente. La cena se estaba preparando para todos los miembros de su familia, la mujer adoraba las reuniones familiares. Pocas veces conseguía reunir a todos sus seres queridos y cada vez que lo hacía preparaba una velada íntima para poder disfrutar de ellos todo lo que podía. La guinda de todo era que Verónica confirmaba su asistencia. Iba a ser una noche muy bonita. «¿Puedo ayudar?», oyó que le decía la voz familiar de su marido.

— ¡Hey! No, no te preocupes. Está todo controlado. Y algo me dice que empeorarías todo con esas manazas que tienes.

— Ayer no parecían molestarte mucho —le susurró al oído

La mujer dio un respingo y recriminó a su marido la bromita. Bárbara pasó por delante de ellos e intuyó el tema de la conversación que estaban manteniendo los dueños de la casa.

— Verónica también viene.

— ¿Ah sí? Eso está bien. Me voy a la oficina. Nos vemos esta tarde.

— Intenta salir temprano. Así podrás jugar con tu nieta antes de la cena.

— Como mandes.

El hombre abandonó la cocina no sin antes coger algo preparado de la encimera. Bárbara disfrutaba viendo lo felices que eran sus jefes, porque además repartían toda esa felicidad con todos los que los rodeaban.

El ama de llaves mandó realizar una limpieza superficial en la casa, ya que apenas unos días antes se había hecho la general.

Las horas pasaban y los preparativos iban tomando forma. Se habían colocado algunos juguetes en el comedor para cuando llegara María con sus padres y pudiera jugar con su abuelo antes de la cena.

Bárbara decidió inspeccionar la casa y asegurarse de que todo estaba en su sitio. La mansión familiar no tenía mucho que envidiar al palacio de San Antonio, salvo el tamaño.

Todo estaba casi listo cuando llegaron los primeros invitados. Elisa entraba acompañada de su marido Juan y su hija María, que como siempre salió corriendo directamente a los juguetes del comedor. Elisa y Juan se acercaron a Bárbara y la saludaron. Pidieron a la pequeña que hiciera lo mismo, pero andaba tan metida en sus juegos que apenas se dio cuenta de la llamada de atención.

Unos tres minutos después llegaba Francisco y se encontraba con su hija mayor y su familia. La pareja se apresuró a darle la bienvenida a la casa y avisar a la pequeña para que saludara a su abuelo. En esa ocasión no necesitaron decir nada, ya que María se lanzó a los brazos de su abuelo nada más verle llegar.

La noche llegaba y Verónica no aparecía por ninguna parte, Helena empezó a impacientarse, pero aun así tenía que servir la cena. Su hija le había vuelto a confirmar que estaría en la cena, pero acostumbraba a cancelarlo todo en el último momento, así que pensó que esta vez no sería diferente.

Todos los miembros de la familia se sentaron alrededor de la mesa y pidieron al servicio que empezara a servir la cena. No tenía razón seguir esperando por la más pequeña de los Monte Negro si no iba a venir. Cuando había perdido toda esperanza la mujer oyó el timbre de la puerta y esperó con impaciencia a que anunciaran a su hija pequeña. Segundos después se le iluminó la cara al ver que su niña había venido y que esa noche iba a ser tan perfecta como habría esperado.

Nada parecía prever lo que pasaría a continuación, ya que detrás de ella aparecía Alejandro Baeza y se paraba a su lado. La sorpresa en la cara de todos los ahí presentes intentando adivinar lo que pasaba no pareció afectar a Verónica, que lejos de echarse hacia atrás cogió la mano de su invitado y se la acercó a ella. Después de un silencio casi descorazonador llegó la aclaración.

— Hola, familia —dijo Verónica—. Perdón por llegar tarde. Creo que algunos ya conocéis a Álex.

— Ca... cariño... —tartamudeó Helena.

— Mamá, papá, hermana, etcétera.

—Mi vida... —repitió Helena anticipando la catástrofe

—No os lo vais a creer pero...—

— Esto no está pasando —susurró Francisco bajando la cabeza, cogiendo

la mano de su esposa y preparándose para la inminente estocada.

— ¡Me caso!

La mesa seguía en silencio cuando Verónica se sentó al otro extremo del mueble. Álex desvió la mirada hacia Elisa e intentó descifrar la expresión de su cara. A su lado Juan que parecía el único encantado con la noticia.

Francisco se levantó y pidió a Álex que le acompañara a su despacho personal. Una vez encerrados el hombre se posicionó frente al financiero y le miró directamente a los ojos

— ¿Va a explicarme esa locura?

— Le pido disculpas por la manera en la que se ha enterado, pero Verónica... Verónica insistió en que fuera todo una sorpresa.

— ¿Y usted que es el maduro de los dos decidió que seguir las indicaciones de una cría era la mejor opción? Debió decírmelo desde el primer momento. ¡¿Y qué es esa locura de que se casan!?

— Entiendo sus inquietudes...

— ¿Es padre?

— No.

— Entonces no me entiende.

— Señor..., sé cómo se sient... —se interrumpió y corrigió—. Creo entender cómo se siente, porque tengo un hermano pequeño al que prácticamente he criado yo y no me gustaría que nadie le hiciera daño. Cuidaré de ella, señor.

Álex se dispuso a salir del despacho cuando Francisco le hizo una última pregunta.

— ¿Quiere a mi hija?

— Como nunca he querido a nadie —respondió calmando su conciencia mientras se repetía que era culpa de Francisco no especificar a cuál de sus hijas.

La noche parecía prometer más emociones. Verónica miraba a su madre y no llegaba a entender la cara de preocupación que tenía. Debería de haberse emocionado con la noticia. Los únicos sonidos que se escuchaban

en la mesa eran los de la pequeña María, que seguía cenando ajena a todo lo que estaba pasando.

— ¿Cariño has pensado en lo que vas a hacer? —preguntó Helena.

— No sé por qué tanto drama. Cuando dos personas se llevan tan bien se casan.

— Os lleváis bien, pero para un matrimonio se necesita algo más que llevarse bien.

— Ya lo sé, mamá, no te preocupes. Todo estará bien. Elisa, ¿no dices nada?

Elisa se disculpó y solicitó permiso para ir al baño. Aún no salía del asombro. Era imposible que las cosas hubieran dado tanto la vuelta. Cuando Álex dejó de ponerse en contacto con ella pensó que se había dado por vencido. ¿Era posible que todo acabara así? ¿Álex la dejaría en paz y se quedaría con su hermana? ¿Y por qué le inquietaba tanto ese final?

Elisa llegó al baño y cerró la puerta. Intentó concentrarse para asimilar todo lo que estaba pasando. Abrió el grifo del lavabo y se mojó la cara. Tal vez refrescándose podría reducir la taquicardia que estaba sufriendo en ese momento.

Después de secarse y repetirse una y otra vez ante el espejo que todo saldría bien, abrió la puerta. Delante de ella se encontraba Álex, que sin mediar palabra la volvió a meter en el baño y cerró la puerta tras él.

Elisa se echó para atrás y miró a su alrededor intentando encontrar alguna otra salida que durante todos estos años le pudiera haber pasado desapercibida. Dio la espalda a Álex y se llevó las manos en el pecho para intentar impedir que se le saliera el corazón.

— Tenemos que hablar... —dijo Álex, acercándose a ella con precaución—. Sé lo que estás pensando y no es lo que parece.

— ¿Y en qué estoy pensando según tú?

— Crees que te he olvidado y no es así. Con esta posible boda...

— ¿Posible boda? —pregunto Elisa desconcertada sin girarse.

— Sí, posible boda. Mira, se acababa el tiempo. Lo de la empresa se iba a acabar, va muy bien y no iba a poder seguir usando esa excusa para no

apartarme de ti.

— ¿Y tú... has hecho eso por mí? Has seducido a mi hermana y le has hecho promesas matrimoniales? ¿Solo por mí? —dijo más calmada y acercándose a Álex hasta tenerle de frente.

— ¡Sí! Te dije que estaría dispuesto a todo por tíiiii... ¡Aaaaahhhh! —Elisa fue más rápida. Sin darse cuenta la mujer le había agarrado de las dos orejas y tiraba de ellas hacia abajo.

— Eres un bastardo —le dijo al oído una vez que lo tuvo a su altura— y me aseguro de que todo esto no siga adelante. ¡Maldito manipulador si escrúpulos!

Álex consiguió soltarse y aliviar sus doloridas orejas. Se había metido en muchas peleas a lo largo de su vida, pero nunca había temido ser atacado por de las orejas «Mujeres, solo ellas pueden dar golpes tan bajos», pensó.

— Escucha, sé que estás enfadada —dijo mientras se masajeaba las orejas.

— Tú no sabes una mierda. No puedo respirar... —comentó Elisa mientras se tocaba el pecho

— Tranquila...—Álex posó su mano encima de la de Elisa y la ayudó a tranquilizarse.

Se juntaron lo suficiente como para mirarse a los ojos, pero Elisa cerró los suyos e intentó respirar con normalidad. A pesar de la tentación de seguir mirando a Álex a los ojos se dio la vuelta y prefirió mirar su reflejo en el espejo.

Álex se juntó más a ella y puso las manos en su cintura. El corazón de Elisa volvió a latir de manera descontrolada. El hombre se pegó y le susurró que no se enfadara con él. Después de aquello ideó una fila de besos desde la ojera hasta el hombro.

Sin darse cuenta Elisa se giró sobre sí misma hasta mirarle de frente y sucumbir al fuego de su mirada. No quedaba ningún espacio entre ellos cuando él inclino su cabeza hacia delante y la besó.

El beso se volvió frenético y apasionado, chocaron el uno con el otro buscando un acercamiento que físicamente les era imposible. Álex devoraba su boca y Elisa le permitían explorar cada centímetro de ella.

Antes incluso de darse cuenta Álex la había subido al lavabo y tenía las piernas abiertas y aferradas a su cadera. La posibilidad de tenerle dentro

empezaba a ser una realidad y no una pesadilla, obligándola a levantarse en mitad de la noche.

Álex gimió ante la inesperada entrega de Elisa e intensificó aún más sus movimientos. La sangre se concentró en la latente erección que hacía las delicias de Elisa.

Era cuestión de segundos dar el último paso y saciar la desesperada necesidad de entregarse mutuamente cuando una helada sensación de racionalidad recorrió el cuerpo de Elisa. ¿Qué estaba haciendo?

Álex intento ignorar la reciente bajada de pasión e insto a que siguieran, pero la fuerza de los brazos de Elisa apartándole apagó todo el fuego que se había desatado en su interior. «Joder, así se debió de sentir ella en su casa», pensó.

— Yo... Me tengo que ir —dijo con una respiración entrecortada.

— No si no quieres. Podríamos salir de aquí y seguir en otra parte con esto.

— No, tu novia te espera

Aquel comentario fue como un cuchillo atravesando el pecho de Álex, lentamente la fue soltando y dejando libre el camino hacia la puerta. Elisa salió del baño sin mirar atrás. Esto estaba llegando demasiado lejos y tenía que ser ella quien lo parara en seco. Durante un segundo le vino a la mente que si Álex cumplía la amenaza se vería teniéndole de cuñado. Lo que acababa de pasar en ese baño podría volver a pasar.

Tenía que hablar con él y suplicarle que no lo hiciera. Con su hermana sería imposible sin explicarle el motivo de por qué no podía casarse con su prometido sin empezar la Tercera Guerra Mundial.

Helena miró a los ojos de su hija y en un último intento le pidió que reflexionara sobre la decisión que había tomado.

— Mama, no te preocupes. Él me cuidará y yo le cuidaré a él. Además, tú eras más joven que yo cuando te casaste con papá y mira cómo os ha ido.

— En eso tiene razón —asintió Juan apoyando a su cuñada por primera

vez—. Espero que os vaya bien.

— Gracias, Juan.

— Sí, gracias, Juan —dijo Francisco que ya estaba de vuelta a la mesa—. Nunca dices nada y para una vez que hablas... —comentó para sí, aunque no pudo evitar la mirada de reproche de su mujer, que había escuchado el comentario.

— Tienes razón, Juan —dijo Helena—. Si estás tan decidida... no me queda otra que felicitarte.

Elisa entró al salón y todas las miradas se posaron sobre ella. Lentamente ocupó su lugar en la mesa e intentó evitar cualquier tipo de emoción.

— ¿Dónde está Álex? —pregunto Verónica intrigada.

— No lo sé... —respondió Elisa sin mirarla.

Un segundo después se escuchó la puerta principal que se cerraba. Verónica vaciló ante el sonido, pero se apresuró a seguirlo y a averiguar qué pasaba. La casa se quedó en silencio hasta que la más joven de las hermanas entraba de nuevo y cerraba de un portazo la entrada principal. Ya en el salón su mirada se concentró en su hermana, conteniendo una rabia que hacía preguntarse al resto el motivo de todo.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué le has dicho? —pregunto Verónica directamente a Elisa.

Nuca había tenido tanto miedo en toda su vida, todos la miraban como si tuviera la respuesta a todos los problemas de la vida. Aunque lo intentaba, la boca se le había secado y no era capaz de soltar ni una sola palabra. Todo había acabado, era hora de asumir sus faltas. Elisa miró a Juan, que a su vez la miraba con la misma incertidumbre de un cachorro, se vio repitiéndose a ella misma que no podría hacerle aquel daño, pero ya era demasiado tarde. Antes de pronunciarse Verónica prosiguió con el acusador interrogatorio.

— Dice que le has dicho que no podemos casarnos... ¡Que soy muy joven para él!

«¿Qué? —se preguntó Elisa— ¿No le ha dicho nada?» Después del susto inicial vino la calma fría y calculadora. «Puede que sea el momento que esperaba», pensó Elisa. Él había dado el primer paso para acabar con toda esa locura. Tal vez debía ser ella la que cerrara el círculo y no iba a desaprovechar la oportunidad.

— Así es, no estás preparada y no parecía sopesar lo que significa la responsabilidad de un matrimonio con... —se detuvo.

— ¿Un matrimonio conmigo? ¿Eso ibas a decir? ¿Cómo te atreves? ¡Ni siquiera le conoces!

— ¡Pero yo sí! —dijo Francisco apoyando a su primogénita— Y tu hermana ha hecho bien. No estás preparada.

— El problema ni siquiera es él. Soy yo. No pensáis que haya madurado lo suficiente como para casarme. ¿Sabéis? Lo mejor de todo esto es que no necesito vuestro permiso.

— No te pongas así, Verónica —dijo Helena intentando arreglar las cosas—. Tu hermana solo está preocupada por ti, igual que todos

«Di que sí, mamá», pensó Elisa.

— ¡No, mamá! Me largo de aquí.

Verónica fue en dirección a la puerta y su madre intentó seguirla, pero su marido la detuvo y negó con la cabeza. Necesitaba estar sola y era bueno que la dejaran asimilar lo sucedido.

— Pobre chica... Parece enamorada —dijo Juan en la mitad del silencio que se había formado con la marcha de Verónica.

— ¿En serio? —le pregunto Francisco mirándole—. Necesito una copa.

La cena había acabado, Bárbara, al oír el cese de los gritos, ordenó al servicio que recogieran lo que quedaba de la desastrosa cena familiar.

Capítulo 5

Álex despertó empapado en su propio sudor frío. Llevaba todo el fin de semana sin poder dormir. Por mucho que lo intentara soñaba una y otra vez con lo mismo: Él desahogando toda la frustración sexual que sufría en ese momento sobre su delicado cuerpo. Le hacía el amor con tal desesperación que a veces despertar parecía el inicio de la verdadera pesadilla. Tenía que acabar con todo eso.

Romper el compromiso era algo que no había planeado. Era perfecto pero ahora tendría que buscar otra forma para evitar alejarse de Elisa. Lo ocurrido en el baño era una clara confirmación de los motivos que le obligaban a llevar todo eso a cabo. Elisa tendría que darse por vencida y aceptar la realidad. Y más cuando pudo ver en persona que tenía por marido. Ese no podía ser su rival. Pensaría en otra forma para seguir cerca de ella.

Álex no consiguió dormir nada, así que agradeció la pila de papeles que Jose le había preparado para empezar el día. El trabajo le despertaba, así que en teoría eso era bueno. Nada más llegar había notado la mirada curiosa de todos los que se cruzaban con él. El hombre hizo una rápida conexión, así que supuso que todo aquello era seguramente por la noticia del compromiso con Verónica. Lo que no sabían era la cancelación de la misma.

Mientras tenía la cabeza metida en el papeleo la puerta de la oficina se abrió y sin esperar invitación Álvaro entró. Detrás de él venía claramente enfadado el asistente personal del financiero dispuesto a pedirle cuentas por el atrevimiento.

— Solo venía a felicitar a nuestro amigo —dijo señalando a Álex.

— Está bien, José, Puedes dejarnos.

José se alejó con una mirada de advertencia clavada en Álvaro, mirada que el compañero ignoró y se sentó.

— Tú dirás...

— Me ha sorprendido oír la noticia. No pensé que te atreverías a tanto.

— ¿A qué? Y mide tus palabras antes de pronunciarlas.

— Claro, las mediré... A follarte a la hija de ese hombre con tal de seguir subiendo en el escalafón. Perdona, con medir las palabras te referías a

que dijera la verdad, ¿no? —dijo Álvaro

— ¿Algo más? —dijo Álex sonriendo mientras intentaba apaciguar las ganas que tenía de levantarse y partirle todos los huesos de su cuerpo. Otras veces su compañero había entrado ahí a meterse con él, pero esa vez la rabia era tal que se sentía capaz de hacer volar su mesa por el aire y tirarla sobre él.

Sin embargo no tenía tiempo para esas tonterías. Debía estar buscando ideas para mantenerse al lado de Elisa y no estar ahí escuchando las babosadas de ese inepto. En un momento, durante los insultos de Álvaro, Álex alcanzo a oír: «No entiendo qué ha visto Verónica en ti» Entonces cayó, la conocía, de ahí toda esa frustración. Podía haberle dicho que el compromiso estaba cancelado, pero entonces no sería Alejandro Baeza.

— Te entiendo, Álvaro —dijo interrumpiendo aquel monólogo que no parecía tener fin—. Tengo el puesto de tu vida y seguramente me harán socio muchísimo antes que a ti. También tengo una posición social que no has alcanzado ni con toda la fortuna de tus padres ni sus apellidos y ahora de la nada me caso con una belleza como Verónica.

— Engañada... seguramente —dijo Álvaro titubeando.

— ¿A ti te parece que necesite engañar a las mujeres?

— Da igual lo mucho que trepes para intentar hacernos olvidar que no eres más que un pescador de un pequeño pueblo. Este mundo te queda muy grande. ¿Por qué no vuelves al tuyo y nos dejas en paz?

— El único mundo que existe, Álvaro, es el mío —dijo levantándose lentamente — y lo único importante de ese mundo es qué función tenéis los demás en él para mí. Ahora sal de mi puto despacho y no vuelvas a entrar sin autorización.

Mientras Álvaro salía del despacho repitiéndose a sí mismo que Álex le pagaría cada uno de sus insultos, José entraba en el despacho y avisaba a su jefe que le estaban esperando en el despacho principal. Álex se desplomó sobre su sofá adivinando otra reunión llena de reproches, pero esta vez de reproches que sí le importaban y en ocasión que cumplían su objetivo: hacerle dudar.

Para Bárbara fue una sorpresa ver llegar a Elisa de sorpresa y sin ninguno de sus padres en la casa. Lo más impresionante es que nada más verla se la llevó buscando un lugar tranquilo donde pudieran hablar. La curiosidad empezaba a hacerse latente en Bárbara cuando finalmente se quedaron

encerradas en la antigua habitación de Elisa.

— Nana, tengo algo que decirte —decía mientras se aseguraba de que no hubiera nadie cerca.

— Hija, me estás dando miedo.

— ¿Tú viste al prometido de Verónica?

— No muy bien, pero parecía guapo..., de esos elegantes..., ya sabes...

— Sí... ¿No te resultó familiar?

— Pues no, no me fije.

— Nana, no te vas a creer por lo que estoy pasando. El prometido de Verónica es Álex.

— Si, ya lo sé. Alcance a escuchar que se llamaba Alejandro... ¿verdad? ¿Era eso?

— No, creo que no me entiendes... Es Álex, de San Antonio.

— ¿Álex de San Antonio? ¿Qué Álex de San Antonio? El único que recuerdo por esa época era tu... —Por un instante la habitación pareció dar vueltas, Bárbara tuvo que agarrarse a Elisa y sentarse al borde la cama para recuperar el equilibrio—. ¡Virgen Santa, qué desastre! ¿Cómo lo manda Dios a tu hermana?

— ¿Qué le va a mandar Dios ahí? —refunfuñó Elisa—. Fue por su propio pie y si Dios le puso algunos obstáculos en el camino seguro se los salto todos.

— ¿Qué? —preguntó Bárbara.

— Estuvo en la fiesta de San Antonio, nana, y me dijo que quería que volviéramos. Le dije que no y pensé que se le pasó. ¡Pero no! Se apareció de prometido de Verónica y creo que no se va a parar ahí.

— No entiendo lo de San Antonio. ¿No sabía que estabas casada? Le dirías que estas casada, ¿verdad?

— ¡Claro que sí! —exclamó Elisa—. Pero le dio igual. Dice que aun así.

— Necesito saber qué fuma ese hombre porque parece bueno.

— Nana, es en serio...

— Ya lo sé, es una locura. Habla con él, dile lo que hay. Claramente ya no habrá boda si escuché bien todo el alboroto de la otra noche. Ahora solo queda cortar definitivamente con él.

— ¿Tú crees, nana?

Bárbara tranquilizo a Elisa y le hizo ver que todo se arreglaría. Además le recordó que muchas veces le había dicho que ese joven no era trigo limpio. Elisa tomó nota de las palabras de su nana y pensó en qué decirle a Álex para alejarle definitivamente de ella y de su familia, una forma en la que él se enterara y ella mantuviera las bragas en su sitio.

Álex apenas notó el viaje de vuelta a su apartamento, evitó hablar durante todo el trayecto y al salir del coche Roco le preguntó si se encontraba bien. El hombre optó por sonreír un poco y subir a casa. A veces se encontraba cruzando el vestíbulo del edificio de su piso preguntándose qué diría su madre si le viera en ese momento. Viviendo en uno de los edificios más exclusivo de la ciudad.

A continuación abrió la puerta, todo estaba oscuro y en silencio. Pronunció el nombre de su hermano varias veces y al no tener respuesta supuso que no estaría en casa. La cabeza le estaba matando, se derrumbó en el moderno sofá de su salón y observó las vistas que le ofrecían los enormes ventanales. Decidió que esa noche no iría al gimnasio.

Tirado en el cómodo mueble se sintió tentado a responder las decenas de llamadas perdidas y mensajes que durante la semana Verónica había dejado en el contestador de su móvil. Pero recordó que lo mejor era cortar por lo sano y evitar empeorar las cosas. Su objetivo era otro y puede que cometiera un error al involucrarla a ella. Aún había remedio, así que alejó el teléfono de él.

Después de darse una ducha se paseó por la casa hasta detenerse en la habitación de su hermano. Pensó en la noticia del Dorian Bank y sonrió levemente recordando la proeza de su hermano para llegar ahí. Independientemente de cómo lo consiguiera, al final tuvo que reconocer que el chico actuó como habría de esperar de alguien que quisiera meterse en ese mar de tiburones. Usar las ventajas que tengas porque todos lo harán.

Sonó el teléfono, Álex miró y vio el mensaje, se paró en seco y lo miró de nuevo. Después de unos segundos se dirigió a la puerta y la abrió. Para su

asombro el mensaje era cierto y Verónica si estaba en la puerta esperando a que él no se negara a recibirla.

— No pensé que me abrirías...—dijo una tímida Verónica.

— ¿Por qué no?

— No lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. De todas maneras me animó Rosa a venir... Yo ya había pasado y descartado todo acercamiento.

— Entonces no puedo permitir que faltes a tus principios.

Álex hizo el amago de cerrar la puerta, pero Verónica la detuvo con la mano y la abrió de nuevo.

— ¡Vale, ya está bien! ¿Puedo entrar o no?

El hombre se apartó y la dejó pasar. Verónica se fue al centro de la estancia y le observó tirarse al sofá. La visión era abrumadora, solo llevaba la parte inferior de un pijama y la superior completamente desabrochada, dejando al descubierto su magnífica musculatura. Los fuertes brazos combinaban perfectamente con el fuerte pecho cubierto de una fina capa de vello. Ella ando con pequeños pasos por la habitación mientras se armaba de valor para empezar una conversación que creía tener preparada. Para su desgracia Álex la observaba sin pestañear, agravando aún más el tornado que le crecía en el interior. Dio una última vuelta y le miró.

— Me llevas ignorando días, ¿por qué?

— Por qué sí. Era lo mejor —dijo cansado.

— ¿Lo mejor para quién? Porque para mí ha sido horrible.

Álex la miro a los ojos tras el comentario y sintió una ternura que se apresuró a descartar. Era necesario que se acabara todo. Puede que fuera bueno que ella estuviera ahí. El incómodo sentimiento que creció en el al pensar en lo que estaba a punto de hacer le impedía razonar con normalidad. Las palabras se le amontonaban, pero no llegaban a salir. «Mierda», susurró.

— Tu hermana tenía razón. Era una locura.

— No tenía razón y no uses a mi hermana como excusa. Ya les dije a ella y a todos que me daba igual lo que pensarán. Que me casaría contigo con

o sin su aprobación.

— ¿Y te parece bien empezar un matrimonio con toda tu familia en contra?

— Nadie está en contra. Solo tú. Y no lo entiendo porque fuiste tú quien me lo pidió. Debería gustarte que luche tanto por ti, no castigarme.

Estaba siendo más difícil de lo que pensaba. Luchar entre el deber y evitar que las palabras de la chica no le hicieran efecto se parecía más a una tortura que a otra cosa.

— Apenas nos conocemos —dijo deseando terminar con el suplicio que significaba tenerla en su casa y romper con ella en vez de llevársela a su habitación.

— Yo sí te conozco.

— Puede que sea yo quien no te conozca.

Verónica se apresuró a sentarse a su lado y preguntarle qué quería saber de ella.

— Todos creen que me quiero casar por capricho, por moda o porque me he levantado con ganas de hacerlo. Sí, es verdad, no llevamos más de tres meses, pero aun así yo estoy lista para ser la señora Baeza. Así que te repito, ¿qué quieres saber de mí?

Verónica no supo exactamente en qué momento sus dedos empezaron a recorrer lentamente la piel desnuda de su pecho. El único que parecía haberse dado cuenta del inocente acto era Álex. Todos y cada uno de los nervios del cuerpo se habían encendido por la suavidad del tacto.

Alarmada por lo que había hecho Verónica retiró lentamente la mano. El rubor de sus mejillas hacía entender que ya se había dado cuenta de la situación que había provocado. «La adoro», pensó fugazmente Álex.

El hombre la atrajo e hizo que se sentara encima de él. La posición era tan íntima que el rubor se extendió por toda la cara de la chica. Álex se obligó a ignorar la calidez que sentía al tenerla tan cerca y se centró en la posibilidad de no haber perdido del todo ese tren. Él lo había intentado, pero la chica se obstinaba en no aceptar la ruptura. O tal vez después de mucho tiempo era el destino que le enviaba un mensaje. «¿Para llegar a Elisa tengo que seguir con Verónica», pensó.

— No te vas a rendir... —le dijo con la voz ronca cargada de sentimiento.

— No. Pero eso ya lo sabías.

Se miraron mutuamente y el espacio entre ellos se hizo incluso más pequeño. Verónica siguió paseando sus delicados dedos sobre el pecho de Álex mientras él intentaba controlar su desbocado corazón. Hacía años que no sentía nada parecido. La había echado de menos, más de lo que intentaba negar, y ahora era presa de su propia trampa. Al menos esa noche podría dejar de pensar en Elisa y calmaría el peso ahogado que tenía en la garganta desde que saliera de esa reunión familiar sin ni siquiera despedirse.

La tensión se rompió con un beso apasionado, el muro que les había tenido separados se rompía y dejaba que salieran a flote todos los deseos reprimidos. El fuerte abrazo de Álex incitaba a que Verónica hiciera más presión en la nuca de él y le atrajera más.

Su delicado aliento, la presión de sus pechos sobre la roca de su cuerpo... Verónica se entregaba sin reservas a uno de los besos más intensos de su vida. ¿Cómo pretendía que se alejara? Los besos se tornaron posesivos, la habían besado otras veces, pero eran solo los de Álex los que conseguían encender partes de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían. Se sentía suya y, por retrogrado que pudiera parecer, sentía que no habría nadie más.

Verónica saltó al notar la erección de Álex. Este, viendo el rubor que se asomaba a sus ojos y la ligera tensión de su cuerpo, la acercó hacia él y le susurró al oído. El placer les abrasaba descontroladamente, no había motivo para alargar la agonía. Álex bajó los brazos hasta los muslos de Verónica y lentamente fue metiendo las manos entre la fina tela y la abrasadora piel de su exuberante ninfa. Está intuyendo la intención bajo las manos y le detuvo a medio camino.

— ¿Qué pasa? —consiguió decir Álex entre gemidos.

— Sabes eso que dicen; si te gusta ponle un anillo...

— ¿Qué?

— Te quiero, pero soy una Monte Negro y valgo más que solo esto — dijo Verónica mientras se levantaba y señalaba el prominente bulto que asomaba en los pantalones de Álex—. Así que, señor Alejandro Baeza, si quiere esto...—repitió esta vez refiriéndose a su cuerpo— póngame un anillo.

Verónica se acercó y besó a un estupefacto Álex antes de abandonar el piso. El hombre, aun intentando asimilar lo sucedido, se llevó las manos a la cabeza buscando relajarse. En ese momento por mucho que intentara encontrar una explicación solo le venía a la cabeza una palabra

«calientabraguetas».

Alejandro Baeza, uno de los asesores financieros más importantes del país, si no el más, al que infinidades de detractores habían buscado toda forma de acabar con él, se había dejado manipular por una cría. Era tierno ver lo mucho que se esforzaba por hacerle volver. Había mujeres que hubieran matado por estar en sus brazos, pero tenía que aguantar el temible ultimátum al que acaba de ser sometido. Tenía que concentrarse y aclarar las ideas, tenía una meta y no podía estar perdiendo el tiempo con niñerías. Cada día que pasaba sentía que Elisa se alejaba de él y no lo podía permitir. Verónica le había dejado el camino libre al ponerle una opción sobre la mesa, No le pondría el anillo y se acabaría todo. Era hora de pasar página y seguir adelante.

Capítulo 6

Continúa...

No te pierdas el final de esta apasionante historia.

Consigue tu copia física ; <https://www.amazon.com/dp/1520263058>

Consigue tu copia para Kindle
; <https://www.amazon.com/dp/B01N6MIDWG>

¡Que no te lo cuenten!

[Instagram.com/iamtanci](https://www.instagram.com/iamtanci)